

Completando el puzzle

- CAPÍTULO 24 -



Si hay algo que me joda más que que me dejen, es dejar a una pareja. Lo paso mal, es algo casi físico. Una vez lo somaticé de tal modo, que tuve fiebre durante varios días. Bueno, eso me ocurre cuando la persona a la que me he decidido a dejar, merece la pena, cuando es un cabrón con pintas no hay dolor. Pero claro, Jairo merecía mucho la pena y pensar en dejar nuestra relación me provocaba acidez de estómago. En un momento de flaqueza llegué a pensar que si sufría tanto sólo por pensar en dejarlo, quizá debería darle una oportunidad, pero eso sólo lo pensaba la parte cobarde de mí, que no quería enfrentarse a ese mal trago, la parte madura sabía que, si no quieres a una persona, por muy buena que sea, no la quieres. Había veces que envidiaba la seguridad de Libertad, ella supo desde el primer momento que envejecería junto a David. ¿Cómo sería tener las cosas tan claras?

Habíamos quedado en Pum Pum Café, cerca de mi casa, para un desayuno tardío. Yo sólo me había tomado un café al levantarme y la tripa me rugía de hambre y nervios. Me había puesto unos pantalones *culotte* negros, un *crop top* amarillo y unas *Converse*, quería ir mona pero no demasiado arreglada. ¿Cuál es el atuendo adecuado para romper con alguien? Son esas cosas absurdas de las que nos preocupamos cuando no queremos pensar demasiado en lo realmente importante. No quería llegar tarde, pero tardé tanto en maquillarme y desmaquillarme para que pareciera que no me había maquillado, que el tiempo se me echó encima. Y todo eso para salir con el pelo suelto, brillo de labios y rímel. Cuando llegué al local, Jairo ya estaba en una mesa con un café humeante delante de él.

—Hola—dije situándome frente a él con la mesa entre los dos.

—Estás guapísima—contestó levantándose de la silla y besando mi mejilla. Parecía que imaginaba el tono de la conversación.

—¿Comemos algo?—dije sentándome—. Estoy acostumbrada a desayunar bien y sólo me he tomado un café.

Ojeamos la carta y ambos nos decidimos por un Benedict Pum Pum con un café. Había pensado en una simple tosta de aguacate, pero tenía tanta hambre que no pude evitarlo. Y por los nervios, claro, los nervios siempre me abren el apetito. Jairo me miraba desde su sitio con una media sonrisa y la cabeza apoyada en ambas manos. Me miraba tan intensamente que empecé a ponerme histérica, y cuando me pongo histérica, me da diarrea verbal.

—Pues ha salido un buen día para estar en febrero, ¿no? Me gusta mucho este sitio, sólo lo había visto desde fuera, pero nunca había entrado. Bueno, reconozco que le había echado un vistazo a la carta por internet y pensaba pedirme otra cosa, pero me ha dado mucha hambre. ¿Tú no tienes hambre? Porque como te has pedido lo mismo que yo. Aunque claro, tú eres muy grande y comes mucho, pero yo también como un montón, ¿verdad? Cuando me cambie el metabolismo y empiece a engordar todo lo que coma me voy a poner enorme. Pero que me quiten lo *bailao*, a mí me encanta comer.

Jairo comenzó a reírse.

—Por Dios, no es que de normal hables poco, pero lo de hoy es demasiado hasta para ti.

—Lo siento—contesté avergonzada—. Creo que estoy un poco nerviosa.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?—preguntó apoyándose en el respaldo de su silla y cruzando los brazos.

En ese momento, llegó el camarero con nuestra comida.

—¿Y si esperamos a después de comer?—sugerí. Quería más tiempo para ordenar mis ideas, aunque le había dado tantas vueltas que iba a acabar vomitando sobre el plato.

—Sí, quizá mejor.

La comida estaba buenísima. Si el motivo de la cita no fuera tan sombrío, estaría disfrutando como una enana, manchándome las manos y limpiándomelas con la lengua, pero ese día me dio por ser pulcra y hasta usé el tenedor y el cuchillo.

—Que educadita estás hoy—dijo.

—Sí, es raro en mí, ¿verdad?

No pude estirar demasiado el plato y antes de lo que me hubiera gustado, ya habíamos terminado.

—¿Empiezas a hablar ya o quieres que nos pidamos un cordero?—preguntó divertido.

Tomé aire para tranquilizarme.

—Bueno, Jairo. ¿Recuerdas lo que me dijiste el otro día? ¿Recuerdas que me dijiste que pensase en lo que quería y actuase en consecuencia?

—Sí, lo recuerdo. ¿Y ya has llegado a alguna conclusión?—Estaba convencida de que sabía lo que le quería decir, pero quería escucharme diciéndoselo. Pues bien, había llegado el momento.

—Jairo, hay veces que conoces a las mejores personas en los peores momentos. Yo no estaba preparada para tener una relación cuando te conocí, pero fue imposible no verme arrastrada, porque en otras circunstancias no me lo hubiera pensado. Porque eres increíble, me siento genial contigo. Y además estás muy bueno, claro.

—Pero...

—Pero ahora, sencillamente, no puedo. No me siento bien, y no puedo jugar contigo hasta que me aclare. Es mejor dejarlo aquí y, si en algún momento la vida vuelve a juntarnos, que sea lo que tenga que ser.

Sonrió dirigiendo la mirada a la mesa.

—No voy a decirte que no me lo esperaba. ¿Lucas tiene algo que ver en esta decisión?—preguntó suspicaz.

—No. No, no, no, no, no. Rotundamente, no. Esto es por mí y sólo por mí.

—Si es que no te puedo odiar, preciosa. Podríamos haber formado algo bonito. Lo habríamos hecho bien.

Se me puso un nudo en la garganta.

—Eres maravilloso—dije.

—Lo sé—contestó riéndose—. Tú tampoco estás mal.

Cuando Jairo se fue, me quedé sentada dando vueltas al móvil con la mano. Sabía a quién tenía que llamar, pero hacía un tiempo que no lo hacía. Al final me decidí, los amigos están para esto, ¿no?

«Hola, ¿te pillo ocupado»

Al cabo de un sólo minuto, su estado cambió a En línea.

«Para ti nunca estoy ocupado. ¿Me necesitas?»

«Mucho. Estoy en el Pum Pum Café, en la calle Tribulete. ¿Me vienes a buscar y damos un paseo?»

«Vas a sitios muy raros. En 20 minutos estoy allí.»

Me pedí otro café mientras esperaba. Era la típica hora tonta del día, en la que parecía demasiado pronto para pedir una cerveza. No llevaba ni 15 minutos esperando cuando vi entrar en el local a Roberto con su melena azabache al viento buscándome con la mirada.

—¿Qué pasa, Rubia, mal de amores?—dijo después de darme un beso y sentarse a mi mesa.

—Algo así—contesté mohína.

—Venga, ahora no me vengas con esas que me has llamado tú.

—Te he llamado porque hace mucho que no hablamos, gañán.

—Eso también es verdad, lo de que hace mucho que no hablamos y lo de gañán, pero tú me has llamado por algo, así que déjate de hostias.

—Eres tan sutil y tan dulce...—le dije—. Pero tienes razón, tengo mal de amores.

—¿Qué, te has dado cuenta por fin de que Jairo no era para ti?

—¿Qué os pasa a todos?—dije enfadada—. ¿Tenéis el don de la clarividencia, o qué? Joder, todos veis las cosas clarísimas cuando se trata de los demás, ¿eh?

—No te enfades, Rubia, es que las cosas se ven más claras desde la barrera, eso siempre es así. ¿Te acuerdas de cuando me dijiste que iba muy rápido, que no le pidiese a Manu que nos fuésemos a vivir juntos? Yo también me enfadé contigo, aunque tenías razón. Lo que pasa es que tú me lo dijiste antes, yo no me atrevía porque muerdes.

—Joder, ¿tan borde soy?—pregunté.

—No eres borde, mi niña—dijo acariciando mi cara—. A veces tienes la mecha muy corta, nada más. Pero venga anda, cuéntame, tengo ganas de escucharte. ¿Vas a llamar a Lucas, o qué?

—Pues no, tío.

—¿No?

—No. A ver, sí que le llamaré para vernos como amigos, como hasta ahora. Pero que no, que yo quiero estar tranquila. Quería conocer a Lucas como amigo y es lo que voy a seguir haciendo. Voy a dejar descansar un poquito la mente.

—Sí, la mente y el...

—¡Calla, coño!

—Eso es lo que vas a dejar descansar, eso—dijo riéndose.

—Anda, *tontolaba*, vamos a dar una vuelta. ¿Has quedado con Manu?

—No, hoy tengo el día para ti, mi Rubia. Tú y yo solitos.

Le abracé y enterré la cabeza en su melena. Nos habíamos distanciado, pero la auténtica familia siempre está cuando se la necesita.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>